



LOS
IN-
SOSPECHABLES

LA SANGRE DEL CIELO



vanilla planifolia



LOS
IN-
SOSPECHABLES

PRIMERA EDICIÓN: NOVIEMBRE 2014

DIRECCIÓN LITERARIA
Philippe Ollé-Laprune

DIRECCIÓN EDITORIAL
Rodrigo Fernández de Gortari

COORDINACIÓN EDITORIAL
Luis Ernesto Nava Buenfil

DISEÑO DE PORTADA E INTERIORES
Tres laboratorio visual

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL
Le sang du ciel, 1985
© Éditions Gallimard
5 rue Gaston Gallimard, 75328 Paris, cedex 07, France

DE LA TRADUCCIÓN: Adriana Romero-Nieto

COTEJO DE LA TRADUCCIÓN: Claudia Itzkowich Schñadower

Co edición UNAM-Dirección de Literatura / Vanilla planifolia

D.R. © 2014, Vanilla planifolia, S.A. de C.V.
ISBN: 978-607-96636-2-9

D.R. © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México
Dirección de Literatura
ISBN: 978-607-02-6135-0

www.vanillaplanifolia.com | info@vanillaplanifolia.net

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

IMPRESO EN MÉXICO | PRINTED IN MEXICO

LA SANGRE DEL CIELO

PIOTR RAWICZ

TRADUCCIÓN | ADRIANA ROMERO-NIETO

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	11
LA VERGA Y EL ARTE DE COMPARAR	
CAPÍTULO I	17
CAPÍTULO II	23
CAPÍTULO III	27
CAPÍTULO IV	29
CAPÍTULO V	39
CAPÍTULO VI	45
DONDE RETROCEDEMOS SEIS MESES	
CAPÍTULO VII	57
CAPÍTULO VIII	63
CAPÍTULO IX	69
CAPÍTULO X	79
CAPÍTULO XI	81
LA MONTAÑA DORADA	
CAPÍTULO XII	85
CAPÍTULO XIII	99
EL HOSPITAL	

CAPÍTULO XIV	113
CAPÍTULO XV	129
CAPÍTULO XVI	133
CAPÍTULO XVII	141
DONDE VUELVE A HABLAR EL AUTOR	
CAPÍTULO XVIII	143
SEGUNDA PARTE	157
EL VIAJE	
CAPÍTULO XIX	159
CAPÍTULO XX	175
CAPÍTULO XXI	185
CAPÍTULO XXII	191
CAPÍTULO XXIII	197
CAPÍTULO XXIV	209
CAPÍTULO XXV	217
CAPÍTULO XXVI	221
CAPÍTULO XXVII	233

TERCERA PARTE	235
LA VERGA Y EL FRACASO DE LAS COMPARACIONES	
CAPÍTULO XXVIII	237
CAPÍTULO XXIX	241
CAPÍTULO XXX	245
CAPÍTULO XXXI	255
CAPÍTULO XXXII	269
CAPÍTULO XXXIII	279
CAPÍTULO XXXIV	291
CAPÍTULO XXXV	295
CODA	307
POSTFACIO	311

PRIMERA PARTE

LA VERGA Y EL ARTE DE COMPARAR

¿Cómo vas a reconocer al hombre?
Será aquel que sepa ladrar...

CAPÍTULO I

TENGO PAVOR DE SUS POLICÍAS, DE SUS DOCUMENTOS APOSTILLADOS, de su justicia, de ustedes mismos. Entonces, no les diré enseguida de qué verga se trata en el título. No abusaré de palabras altisonantes. Ya verán más adelante por ustedes mismos. Cuando uno no tiene sus papeles en regla, cuando el equívoco, el equívoco tenso y crujiente es el único puente que permite, a veces, por la noche, colarse en el campamento de los humanos, más vale no exponerse a los rayos proverbiales de la censura. De todas formas no les voy a robar. Ya verán más tarde de qué verga se trata...

Sin embargo, puedo develarles sin miedo lo que significan las palabras “el arte de la comparación”. No tienen nada de escabroso, al menos no según la administración. Sucede que este cuento que pretendía ser antifilosófico, afilosófico, quiero inaugurarlo con una comparación; me serviré de ella, abusaré de ella. Es un procedimiento pasado de moda, tal vez es imbécil, pero no renunciaré a él. Completamente despojado, completamente desnudo, en el umbral de la madurez —estaapestosa cocina de los pobres donde te exigen dejar de ser un espectador que abuchea para convertirte en un espectador abucheador— grito con una voz apagada: “¡No más renunciás!”.

Quisiera comparar la vida con un mesero de café, con el mesero de café que lentamente se afana en la terraza donde inauguro mi relato como se inaugura una tienda. Permanece de pie, recargada en cualquier mesa, la vida; no es ni del todo calva ni del todo melnuda. Unos cuantos islotes tímidos sobre su repugnante cabeza. Su chaqueta que pretende ser blanca no está muy limpia, pero eso puede pasarse por alto. Sirve bebidas con un ritmo que no es el de los bebedores y

sus bebidas no están ni muy calientes ni muy frías, un poco agrías, un poco dulzonas; turbias, pero para nada turbadoras. Está arrugada, cansada, amarillenta; espera propinas que la dejan indiferente... Busca la dignidad y se pone a su servicio, aun sabiendo que la dignidad no existe. Está pálida y va a morir. Continúen ustedes mismos deduciendo algo de mi comparación, por favor. Aún no está desgastada, pero ya no me divierte.

Entonces, inauguré este relato como se inaugura una tienda. Un rectángulo. Los mostradores están ahí, y los estantes. Pintura fresca. El vacío... como un acordeón, se puede comprimir y estirar. Quiero jugar con él, tan sólo un momento. Ya es hora de que las mercancías y los clientes aparezcan. Uno de ellos —pero, a todo esto, ¿se trata de un cliente o de una mercancía?— comienza a dibujarse en el horizonte. Hablando del horizonte, un poemita me viene a la mente. Tranquilícense. El poema, no es largo; tan sólo son dos versos. Estuvo dedicado a un académico, un miembro de la Academia, un miembro... vaya...

Una pizca de puesta en escena: el miembro se levanta, se viste, mira a su alrededor y pronuncia el poema:

—¿Horizonte?

—¡Qué afrenta!...

¿No les gusta mi poema? Ni modo. Continuemos: mi tienda ya está inaugurada y sobre el horizonte se perfila el recién llegado por quien no me podía decidir hace un rato. ¿Es mercancía? ¿Es cliente? —¿Con respecto a mi tienda, a mi relato, o a la terraza? ¿O se trata más bien de un cartel que arrancó el viento de su pared-refugio, lavado por las lluvias y por las innumerables miradas de los fisgones? Un cartel que se cae a pedazos y que bate el viento... Ya juzgarán por ustedes mismos.

Oscila entre las sillas.

La terraza está llena. El tiempo es cruel como puede serlo una tarde, Boulevard Montparnasse, en pleno agosto a las

cinco. Los condenados de la tierra nos rodean; son pobres y a sus propios ojos, muy importantes. Un viejito que desde hace cuarenta años asegura que el destino se equivoca. Él es quien debió organizar las corridas-comilonas en Saint-Paul-de-Vence y jugar a la Bolsa y tener jovencitas, cada vez más jóvenes, mientras que al Otro, le correspondía al Otro quedarse todos esos años recargado en la misma barra, en el Boulevard Montparnasse... También está el barbudo que envidia a Soutine. Debió haber sido Soutine, pero sin estar muerto. A sus cuadros, la luz los abandonó hace decenios; para siempre. Alguien —cruel— menciona a Picasso, enuncia: “Esa gente, me entiende, esa gente gana fortunas. ¡Pues bien! No tienen ninguna vergüenza. La han perdido. A ese precio es fácil: NO RETROCEDEN ante nada”. Él retrocede ante todo; y todo retrocede ante él. Como en un sueño. Permanece bien portado en su probeta diáfana llena de cloroformo que, conforme avanza su descarnadura, ha tomado un sabor a carne. Para pagar su café cortado busca desesperadamente la monedita amarilla en su bolsillo, cuyo interior prefiero no imaginarme. Sus dedos, cual pájaros, se conforman con los cincuenta francos. Y delira, y canturrea...

De todos ellos, sólo hay uno cuya fraternidad no me asusta: David tiene una pequeña barbita dorada y sus dedos son como diez bendiciones. Dibuja el universo desaparecido. Los trazos ligeros de su lápiz humillan mis recuerdos. Está limpio. Está despersonalizado. Como un orfebre: “Soy tonto, lo sé bien. Pero ellos, los inteligentes, los violentos, ¿qué cosa tan importante han logrado?... Mis camisas son blancas”.

La blancura de sus camisas... ¡Dios mío! Al dibujar con trazos minúsculos, sensatamente esparcidos, todas las caricias de su piel y de su alma, él vive su recuerdo y el recuerdo de su recuerdo. En cuanto a ellos, a los otros, ya no viven sus vidas ni sus sueños. Les HABLAN, en busca de la liberación de documentos rechazada, y sus palabras son como salpicaduras. Pero aquel que ama lo modesto, lo seguro y la calma, ¿sabría cerrar su corazón a los orgullosos, a los sucios y a los violentos?

Un tercero, un cuarto... Se agitan, se mueven, sudan —al menos aquellos cuyos cuerpos débiles conservaron la triste gracia de sudar. Toman cafés cortados y asesinan los dialectos de los confines de la vieja Europa.

Aquellos que no tienen hambre constituyen islotes orgullosos y abruptos.

La mercancía que estoy a punto de venderle, cliente mío aquí está. Viene. Titubeando, caminando, volando. ¿Debería compararla con una mosca con un ala arrancada? ¿O acaso con un movimiento lento que tan sólo tiende a la inmovilidad? El cansancio experimentado antes de la labor hace su aparición. Piernas que se arrastran como dos caballos descarnados hasta los huesos. Al verme, se dirige hacia mí como una mina magnética hacia un navío. A ciegas, tropezando, pero con certeza.

Labrado en un metal oscuro, muy flaco y muy derecho, en otra época no debió ser feo. Pero dado que entre nosotros dos, el “ahora”, desollado vivo al inicio, no existe, y el “en otra época” florece: NO ES feo. Solamente no cuadra con el entorno. París no lo ha asimilado, a pesar de que engulle la diversidad de todas las cosas. París no lo ha vencido y para vengarse lo mata de hambre... Su piel está seca, color ceniza de tabaco. Su cabello es rubio y pesado; la blancura de sus dientes es una blancura muerta. Sus piernas largas conservaron una autonomía sorprendente con respecto al cuerpo, tal y como su cuerpo la mantiene respecto a París. En cuanto se cierran sus párpados oblongos, enfermizamente oblongos, es una amputación, una separación definitiva. Y la duda surge inexorablemente: ¿Habrán reencuentros? Ya no les hablaré de sus ojos.

Una vez pedido el café cortado, nos damos cuenta de que 1961 no fue más que una ilusión, pálida y macabra. El tiempo presente, el tiempo presente está ahí como una masa de carne secada por el mal sol. Ya ni siquiera se pudre, esta masa muerta; ya ni exhala pestilencia. Es una substancia carcomida que chupa nuestras sabias, pero que permanece

seca. Abrevia nuestras vidas sin siquiera dejar de estar ella misma muerta y muda. Una ilusión... París también lo es, con todo y su bullicio. Así como la casa de enfrente. Pero la carnicería que se encuentra ahí no lo es tanto. Y la carne roja con sus moscas negras encima tampoco lo es.

“La historia de la verga se acerca
Como un avión
En el cielo azul”*

En Ucrania, una ciudad de mediana importancia.

El doce de julio de mil novecientos cuarenta y...

Un barco. Una isla voladora de cristal. Así es aquel pasado inmovilizado para siempre, como hombres que comparecen ante la cabeza de una Gorgona. Moriremos, y con la sangre de nuestros cerebros, nuestra memoria. La beberá la arena que acarician los grandes mares. Pero el barco lleno de rostros atemorizados, rostros bañados de esperanza, rostros muertos y también cuerpos de todas las edades, de todos los grados de belleza, el barco silenciosamente irá a cortar la eternidad jadeante, la eternidad oxidada.

Y la isla iluminada de farolillos nunca volverá a caer hacia ese bajo fondo que llamamos Tierra.

* El relato de nuestro cliente comienza entre comillas. Espero que se pierdan en el camino, estas comillas.